



La sensibilidad de la inteligencia

The Sensibility of Intelligence

Luis Fernández-Galiano

CARME PINÓS construye escenarios para la vida, y lo hace reuniendo la razón y la emoción. Es frecuente oponer las arquitecturas producto de una reflexión laboriosa y aquellas que surgen de una intuición fulgurante, pero lo cierto es que los mejores proyectos se benefician tanto de la meditación pausada como del descubrimiento inesperado, y esta coexistencia del tiempo del análisis y el de la síntesis es lo que hace a las obras de Pinós –glosando a Richard Hamilton– tan diferentes, tan atractivas. Resulta fatigoso refutar la ridícula asignación de la sensibilidad a la mujer y la inteligencia al hombre, pero el trabajo de la arquitecta barcelonesa muestra palmaríamente que la sensibilidad extrema manifiesta en la materialización de sus 'escenarios para la vida' se apoya en el soporte sólido de una inteligencia inquisitiva, empeñada en entender el mundo, y estimulada por una extensa experiencia lectora.

La muestra que presenta su obra usa instrumentos clásicos para aproximarse a unos proyectos que rehúyen las pautas clasicistas, y una estructura convencional para ilustrar un trabajo que lo es muy poco. Pero este oxímoron expositivo se justifica por la conveniencia de deshacer tres equívocos, algo que exige la mayor legibilidad, y de ahí el recurso al classicismo y a la convención. Carme Pinós se percibe con demasiada frecuencia como un eco o sombra de Enric Miralles, como una arquitecta de obra limitada, y como una diseñadora que extrae sus formas de la intuición y la emoción, tres equívocos que la organización de la muestra procura desmentir en sus tres secciones: la planta baja, donde se presentan lacónicamente las ocho obras que firmó con Miralles; la planta principal, que contiene ochenta proyectos propios, desarrollados a lo largo de tres décadas; y la planta superior, que ofrece una selección de su biblioteca, un muro con objetos de seducción táctil y un documental donde la autora explica pormenorizadamente sus obras y las intenciones presentes en su proceso creativo.

Si el orden de la exposición es clásico, acaso lo sea por respetar lo que Winckelmann acuñó como esencia del classicismo, la división tripartita que solemos ilustrar con la basa, el fuste y el capitel de la columna, pero que se advierte en tantos edificios, que arrancan del suelo con un fundamento sólido, se desarrollan en altura, y se rematan con una coronación recortada sobre el cielo. Aquí el fundamento es la colaboración íntima con Miralles, soporte esencial del trabajo ulterior, pero que no autoriza a pensar en Pinós como una figura con luz prestada; el desarrollo es la suma abigarrada de ochenta proyectos, que muestran la acumulación desbordante de sus logros y alejan la imagen de su asociación exclusiva a tres o cuatro hitos, desde la torre de México o el CaixaForum de Zaragoza hasta la deslumbrante intervención en los tres lados de una plaza barcelonesa; y el remate lo constituye el diálogo material entre los objetos del muro y los libros de la biblioteca de esta lectora compulsiva, un diálogo entre la emoción y la razón que se extiende con las palabras intuitivas y analíticas de la arquitecta.

No sé si la muestra y su catálogo habrán sido capaces de reflejar cabalmente la variedad de intereses, la amplitud de la curiosidad y la riqueza propositiva de la obra de Pinós. Pero confío en que, treinta años después de fundar su estudio independiente, nadie dude de que posee una voz propia; que, ante la fecundidad de su despacho, nadie la asocie aún a unas pocas obras; y que, frente al vasto territorio de sus lecturas, nadie juzgue aún que sus proyectos son más deudores de la intuición que del análisis. Si en ella brilla la sensibilidad de la inteligencia, quiero pensar que ello se debe a que los relámpagos de emoción iluminan un paisaje largamente cultivado por la reflexión y por el conocimiento.

CARME PINÓS builds settings for life, and does so joining reason and emotion. It is common to oppose those architectures that are a product of industrious reflection from those that emerge from a dazzling intuition, but the truth is that the best projects benefit both from paused meditation and unexpected discovery, and this coexistence of the time of analysis and the time of synthesis is what makes the works of Pinós – paraphrasing Richard Hamilton – so different, so appealing. It is tiresome to refute the ridiculous attribution of sensibility to women and intelligence to men, but the work of the Barcelona-based architect clearly shows that the extreme sensibility present in the materialization of her 'escenarios para la vida' rests on the solid support of an inquisitive intelligence, determined to understand the world, and stimulated by an extensive reading experience.

The exhibition of her oeuvre uses classical instruments to approach projects that avoid classicist frames, and a conventional structure to illustrate a body of work that is never conventional. But this rather oxymoronic presentation is justified by the convenience of dispelling three misperceptions, an effort that demands for the show to be as clear as can be, and this explains the turn to classicism and convention. Carme Pinós is too often perceived as an echo or shadow of Enric Miralles, as an architect of limited oeuvre, and as a designer that extracts her forms from intuition and emotion, three misperceptions that the organization of the exhibition tries to disprove in its three sections: the ground floor, where the eight works designed with Miralles are laconically presented; the main level, containing eighty projects of her own, developed over three decades; and the upper floor, containing a selection from her personal library, a wall with objects of tactile seduction and a documentary in which the author explains her works and the intentions behind the creative process.

If the order of the exhibition is classic, perhaps it is so following what Winckelmann coined as the essence of classicism, the tripartite division we usually illustrate with the base, shaft, and capital of the column, but that is present in so many buildings, which start off from the ground with a solid foundation, develop in height, and are rounded off with a top. Here the foundation is the close collaboration with Miralles, the support of the later work, but which does not allow to think about Pinós as a figure with borrowed light; the development is the sum of eighty projects, which show the overflowing accumulation of achievements and dismiss the image of her exclusive association to three or four landmarks, from the tower in Mexico or the CaixaForum in Zaragoza to the stunning intervention on the three sides of a square in Barcelona; and all this is rounded off by the dialogue between the objects on the wall and the books from the library of this compulsive reader, a dialogue between emotion and reason that is extended with the intuitive and analytical words of the architect.

I do not know if the exhibition and its catalogue will be able to fully reflect the variety of interests, the breadth of curiosity, and the formal richness of the work of Pinós. But I trust that, thirty years after setting up her independent studio, nobody will question that she has a voice of her own; that, assessing the fertility of her office, nobody should associate her to just a few works; and that, before the vast landscape of her readings, nobody might think that her projects come from intuition rather than analysis. If she shines with the sensibility of intelligence, I would like to think that this is because the lightnings of emotion illuminate a landscape long cultivated by meditation and knowledge.